

hubiese hecho nada sin el beneplácito del general. Sin embargo, importó mucho al dictador cuidar de tener sometido al ejército. No se pueden imponer nuevas dilaciones á unos ánimos tan exaltados, y si el general no les da hora y lugar para el combate, lo exigirán ellos mismos. Durante esta conversación, habiendo arrebatado un gallo á los caballos que pacían por casualidad fuera de las empalizadas, dos soldados romanos los recobraron. Arrojáronles piedras los galos, y en el acto alzóse un grito en el campo romano: acuden de una y otra parte, é iba á empeñarse verdadero combate si los centuriones no hubiesen llamado rápidamente á sus soldados. Este incidente confirmó lo que Tulio había dicho al dictador, y no admitiendo demora el asunto, anuncióse que á la mañana siguiente se daría la batalla. Sin embargo, el dictador, que se aprestaba al combate con más confianza en el valor que en la fuerza de sus tropas, buscaba en derredor suyo algo que le sirviese para causar terror al enemigo, y su imaginación sagaz encontró una cosa completamente nueva, que desde entonces emplearon muchos generales romanos y extranjeros y que todavía emplean algunos en nuestros días. Mandó quitar los bastes á los mulos, sin dejarles más que las gualdrapas, y hace que los monten los muleros revestidos con las armaduras cogidas al enemigo y á las de los enfermos. Después de equipar de esta manera cerca de mil, les agregó cien jinetes y les mandó retirarse durante la noche á las alturas que dominan el campamento, ocultarse en los bosques y no moverse hasta que reciban la señal. Por su parte, al amanecer fingió extender su línea al pie de las montañas, para que el enemigo tomase posición enfrente de aquellas alturas. Ante aquel vano aparato de terror, que en cierto modo sirvió al dictador más que sus verdaderas fuerzas, los jefes galos creyeron al pronto que los romanos

no bajarían á la llanura; pero cuando de repente les vieron moverse, se lanzaron arduosamente al combate. Y en la lucha se trabó antes de dar los jefes la señal.

Los galos atacaron especialmente el ala derecha, y no hubiesen podido resistirles, á no estar allí el dictador, que llamó á Sextio Tulio por su nombre y le preguntó en tono de reconvencción: «Si era así como había prometido que combatirían los soldados, ¿por qué gritaban pidiendo armas? ¿Por qué amenazaban con trabar batalla sin orden del general? Allí está el general llamándoos á voces al combate y que avanza armado al frente de las enseñas. ¿Se atreverán á seguirle, ellos que querían llevarle; ellos tan temibles en el campamento y tan tímidos en la batalla?» Comprendiendo que merecían aquellas reconvencciones, sintieron lastimado su honor, y se precipitaron delante de los dardos enemigos, como locos y sin atender al peligro. El primer arrebato de furor quebrantó á los galos; la caballería acudió en seguida y les puso en derrota. Viendo el dictador derrotado al enemigo por aquel lado, marcha con las enseñas al ala izquierda, donde se reúnen en gran número, y da á los romanos colocados en las alturas la señal convenida. Alzase de aquel punto nuevo grito, y se ve una tropa que avanza por los costados de la montaña, dirigiéndose al campamento de los galos, que temiendo verse cortados, abandonan el combate y regresan á la carrera al campamento; pero encontrando allí á M. Valerio, jefe de la caballería, que después de la derrota del ala derecha maniobraba delante de los parapetos enemigos, dirigen su fuga hacia las montañas y los bosques, donde recibió á muchos de ellos aquella caballería de muleros, haciéndose espantosa matanza, hasta mucho después del combate, en los que el terror arrastró á los bosques. Después de M. Furio ningún otro fué más digno que C. Sulpicio de triunfar de los

galos; y él también pudo formar con los despojos de los galos considerable montón de oro, que encerró bajo piedra cuadrada y consagró al Capitolio. En este mismo año los dos cónsules dirigieron también la guerra, pero con diferentes alternativas: C. Plaucio venció y subyugó á los hérnicos; pero su colega Fabio peleó sin precaución ni prudencia con los tarquinios, siendo derrotado, y si la derrota no fué grave en sí misma, trescientos soldados romanos quedaron prisioneros y fueron sacrificados, haciendo resaltar la vergüenza del pueblo romano el oprobio de aquel suplicio. A este descalabro se unió la devastación del territorio romano por una incursión repentina de los privernatos y después de los veliternos. Aquel mismo año se crearon dos tribus nuevas, la Pontina y la Publilia, y se celebraron también los juegos que había votado el dictador M. Furio. En fin, el tribuno C. Petelio presentó por primera vez al pueblo, con la aprobación del Senado, una ley contra la intriga, creyéndose que por esta ley podría reprimirse especialmente la ambición de los hombres nuevos, que acostumbraban recorrer las ferias y los mercados solicitando votos.

Con menos contento vieron los patricios en el año siguiente, bajo el consulado de C. Marcio y Cn. Manlio, la ley que presentaron los tribunos del pueblo M. Duilio y L. Menio sobre el interés al uno por ciento (1); el pueblo, por el contrario, recibió y aprobó con apresuramiento esta ley. Además de las nuevas guerras decididas el año anterior, resolvióse un ataque contra los faliscos, de los que se tenían dos quejas: en primer lugar, su juventud se había coligado con los tarquinios, y

(1) Los romanos contaban el interés como nosotros, á tanto por ciento sobre el capital, y el uso era calcular por meses. En los cálculos tomaban por unidad la centésima parte del capital, designándola, como cualquiera otra unidad, con la palabra *as*.

además se habían negado á entregar á los faciales los soldados romanos que se refugiaron en Falerias después de la pérdida de la batalla. Esta campaña tocó á Cn. Manlio. Marcio llevó un ejército contra los privernatos, en un territorio enriquecido merced á larga paz, y cargó á sus soldados de botín, que aumentó en cierto modo con su generosidad, porque no quiso reservar nada para el Tesoro, favoreciendo de esta manera el aumento del caudal particular del soldado. Como los privernatos habían fortificado un campamento delante de sus murallas, atrincherándose en él, convocó y reunió al ejército y le dijo: «Desde este momento os entrego como presa el campamento del enemigo y su ciudad, si me prometéis portaros valerosamente en la batalla y no tener menos ardor en el combate que en el botín.» A gritos pidieron la señal, y entusiasmados y seguros de vencer marchan atrevidamente á la pelea. Entonces al frente de las enseñas Sex. Tulio, de quien ya se ha hablado, exclama: «Mira, general, cómo cumple tu ejército lo prometido.» Y arrojando el dardo tiró de la espada y se lanza sobre el enemigo. Todas las enseñas siguen á Tulio, y al primer choque quebrantan la línea. Después de poner en fuga al enemigo y perseguirle hasta la ciudad, iban á aproximar las escalas, cuando se rindió la plaza. Celebróse triunfo sobre los privernatos. El otro cónsul no hizo nada notable; solamente, lo que hasta entonces no había tenido ejemplo, habiendo reunido sus tropas por tribus en su campamento de Sutrium, les hizo votar una ley que imponía un vigésimo sobre el precio de los esclavos que se manumitían (1). Como esta ley proporcionaba considerables ingresos al Tesoro, que estaba apurado, el Senado

(1) Esta ley obligaba al dueño á entregar al Tesoro público el vigésimo del precio que le costó ó que valía el esclavo cuando le daba libertad. Dióse esta ley para restringir las manumi-

la aprobó. Pero los tribunos del pueblo, cuidándose más de la ley que de las consecuencias del ejemplo, decretaron pena capital contra el que en adelante convocase al pueblo fuera de la ciudad; porque si se autorizaba aquel procedimiento, nada habría, por funesto que fuese al pueblo, que no se pudiera obtener de los soldados, á quienes su juramento entregaba al cónsul. En el mismo año, C. Licinio Stolon, por acusación de M. Pomponio Lenas, fué condenado, según su propia ley, á diez mil ases de multa, como poseedor de mil yugadas de tierra con su hijo, á quien había hecho emancipar para eludir la ley.

Los nuevos cónsules, nombrados los dos por segunda vez, M. Fabio Ambusto y M. Popilio Lenas, tuvieron que sostener dos guerras: una contra los tiburtinos, que hizo sin trabajo Lenas, rechazando al enemigo hasta su ciudad y talando en seguida sus campos; y al otro cónsul, en el primer encuentro le derrotaron los faliscos y los tarquinios, habiéndose aterrado los soldados romanos á la vista de sus sacerdotes, que corrían como furias, agitando antorchas y serpientes. Sorprendidos y turbados por este espectáculo, refugiáronse desordenados en sus parapetos; pero el cónsul, lo mismo que los legados y los tribunos, habiendo comenzado á reír y á burlarse de ellos porque, lo mismo que los niños, tenían miedo de vanos aparatos, el despecho les infundió valor y cayeron ciegamente sobre aquellos que les habían ahuyentado. Disipado este fantasma, se lanzaron sobre el verdadero enemigo, rompieron toda su línea, tomaron el campamento en el mismo día, recogieron inmenso botín, y regresaron vencedores, burlándose con militares chistes del artificio del enemigo y de sus proposiciones; porque el esclavo al recibir la libertad entraba en la sociedad política de su patrono, y se temió que prodigándose las manumisiones, decayese la dignidad de ciudadano.

terror. Poco después se sublevó toda la liga de los etruscos, y bajo la dirección de los tarquinios y faliscos, avanzaron hasta Salinas. Como el enemigo era muy temible, se creó dictador á C. Marcio Rutilo, el primer plebeyo que lo fué, y éste nombró jefe de los caballeros á C. Plaucio, plebeyo también. Pareció indigno á los patricios que hasta la dictadura perteneciese á los dos órdenes, y se opusieron con todos sus esfuerzos á las medidas y preparativos que el dictador quería tomar para esta guerra; pero el pueblo se apresuró más por esto á concederle cuanto pidió. Partió de la ciudad y en una y otra orilla del Tiber, trasladando al ejército en barcas, según exigía la marcha del enemigo, consiguió exterminar numerosas bandas destacadas que saqueaban aquí y allá los campos. Habiendo atacado de improviso también el campamento de los etruscos, se apoderó del territorio de Roma, y sin acuerdo del Senado, por voluntad del pueblo, volvió para recibir los honores del triunfo. Como no se quería dictador ni cónsul plebeyos para celebrar los comicios consulares, y la guerra retenía á Fabio, el otro cónsul, se recurrió á un interregno, siendo nombrados inter-reyes Q. Servilio Ahala, M. Fabio, Cn. Manlio, C. Fabio, C. Sulpicio, L. Emilio, Q. Servilio y M. Fabio Ambusto. Bajo el segundo interregno se promovió un disenso á propósito de la elección de dos cónsules patricios; los tribunos se oponían á ello y el inter-rey Fabio decía: «Que una ley de las Doce Tablas disponía que todo aquello que decidiese el pueblo en último lugar sería el derecho y la regla: ahora bien; los votos eran decisión del pueblo.» No habiendo producido otro efecto la oposición de los tribunos que la prolongación de los comicios, se crearon cónsules dos patricios, C. Sulpicio Pético por tercera vez, y M. Valerio

Publicola, entrando á desempeñar la magistratura el mismo día.

Así, pues, cuatrocientos años después de la fundación de Roma, treinta y cinco después de su rescate de los galos, once después de la conquista del consulado por el pueblo, dos cónsules patricios, C. Sulpicio Pético por tercera vez y M. Valerio Publicola, entraron juntos en funciones después de un interregno. En este año y en expedición poco memorable, se tomó Empulm á los tiburtinos. Según algunos escritores, dirigióse esta guerra bajo los auspicios de los dos cónsules: según otros, el cónsul Sulpicio devastó el territorio de los tarquinios mientras Valerio llevó las legiones contra los tiburtinos. Guerra más ruda tuvieron que sostener los cónsules en Roma contra el pueblo y los tribunos. Creían los cónsules que no solamente era cuestión de valor, sino compromiso de honra, entregar á dos patricios aquel consulado que dos patricios habían recibido: debían, pues, ó cederlo todo, si el consulado había venido á ser una magistratura plebeya, ó conservar la posesión entera de lo que les transmitieron sus padres. Por su parte murmuraba el pueblo: «¿A qué vivir, á qué ser contados entre los ciudadanos, si aquel derecho que conquistaron con su valor dos hombres, L. Sextio y C. Licinio, no podemos todos juntos conservarlo? Mejor sería soportar á los reyes ó á los de-cenviros, ó cualquiera otra dominación más triste aún, que tener dos patricios cónsules, que consentir que cada uno de los órdenes no obedezca y mande á su vez, y que uno de ellos, establecido eternamente en el poder, imagine que el pueblo no ha nacido más que para servirle.» No dejaron los tribunos de provocar conmociones, pero en aquel movimiento universal apenas se distinguían los jefes. Más de una vez se bajó sin resultado al Campo de Marte; muchos días de co-

micios lo fueron de sediciones; en fin, vencido por la perseverancia de los cónsules, tal dolor experimentó el pueblo, que exclamaron los tribunos: «Ha terminado la libertad; es necesario abandonar el Campo de Marte y hasta la misma ciudad, cautiva y esclava de la tiranía de los patricios,» y la multitud afligida les siguió. Abandonados los cónsules por una parte del pueblo, continuaron los comicios en aquella incompleta asamblea, y crearon cónsules á dos patricios, M. Fabio Ambustó por tercera vez y T. Quincio. En algunos anales se encuentra en vez de T. Quincio M. Popilio.

Este año fueron dirigidas con fortuna las dos guerras. Combatióse á los tiburtinos hasta obligarlos á rendirse, tomándolos la ciudad de Sasula; y sus demás poblaciones hubiesen tenido igual suerte, si la nación entera, deponiendo las armas, no se hubiese entregado á la bondad del cónsul. Triunfóse de los tiburtinos, pero los vencedores se mostraron clementes; en cambio se cebaron cruelmente contra los tarquinios. Después de prolongada matanza de sus soldados en el campo de batalla, eligióse entre el considerable número de prisioneros trescientos cuarenta y ocho de los más nobles, que enviaron á Roma, siendo todos ellos azotados con varas en medio del Foro y decapitados, vengando así sobre el enemigo los romanos inmolados en el Foro de Tarquinia. El resultado de esta guerra decidió también á los samnitas á solicitar la amistad de Roma; el Senado contestó favorablemente á sus legados, y por medio de un tratado los admitió á su alianza. No era tan afortunado el pueblo en el interior como en el exterior, porque, á pesar de que la reducción del interés al uno por ciento había aliviado la usura, el capital abrumaba aún al pobre, llevándole á la servidumbre. Por esta razón, ni la elección de dos cónsules patricios ni el cuidado de los comicios y de los asuntos públicos podía distraer al

pueblo de sus pesares íntimos. Los dos consulados continuaron en los patricios, creándose á C. Sulpicio Pético por cuarta vez y á M. Valerio Publicola por la segunda. Ocupábase entonces la ciudad en la guerra de Etruria, porque corría el rumor de que los cerites, compadecidos por las desgracias de un pueblo con el que le unían lazos de consanguinidad, se habían unido con los tarquinios; pero legados latinos llamaron la atención sobre los volscos, quienes, según decían, habían levantado y armado un ejército con el que amenazaban ya sus fronteras, y que desde allí vendrían á devastar el territorio de Roma. Creyó el Senado que era necesario prepararse por las dos partes, y ordenó á los cónsules levantar dos ejércitos y sortear sus provincias. Pero muy pronto se fijó principalmente la atención en la guerra de Etruria, á consecuencia de una carta del cónsul Sulpicio, á quien había tocado la campaña contra los tarquinios, y que daba parte de que había sido devastado el territorio cerca de las salinas romanas; que habían llevado una parte del botín á las tierras de los cerites, y que era indudable que la juventud de este pueblo se había unido á los saqueadores. Por esta razón el Senado llamó al cónsul Valerio, que había partido contra los volscos y acampaba ya en tierra de Túsculum, y le ordenó que nombrase dictador, eligiendo á T. Manlio, hijo de L., quien eligió por jefe de los caballeros á A. Cornelio Cosso, y que contentándose con un ejército consular, declaró, en conformidad con la voluntad del Senado y del pueblo, la guerra á los cerites. Los cerites entonces, como si les hubiese parecido más formalmente declarada la guerra por las palabras del pueblo romano que por sus propios actos y aquellas devastaciones que habían provocado á Roma, comenzaron á considerar aquella guerra con terror, seguros de que sus fuerzas no bastaban para la lucha. Arrepin-

tiéronse del pillaje y maldijeron á los tarquinios, que habían aconsejado la defección; nadie se armó ni aprestó para la guerra, y todos á porfía desean que se manden legados á pedir perdón por la falta cometida. Cuando los legados se presentaron en el Senado, éste los envió al pueblo, y entonces rogaron á los dioses, cuyo culto habían conservado piadosamente durante la guerra de los galos, que inspirasen á los afortunados romanos en favor de los cerites aquella piedad que éstos no negaron en otro tiempo al pueblo romano en sus desgracias. Volviéndose en seguida hacia el templo de Vesta, invocaron la casta y generosa hospitalidad que dieron á los flamines y á las vestales: «Después de estos favores, ¿cómo creer que de pronto y sin motivo se hayan convertido en enemigos, ó que si han obrado como enemigos lo hayan hecho á sangre fría y no extraviados por el delirio, perdiendo así, por recientes ofensas, el precio de antiguos beneficios hechos á corazones tan generosos? ¿Cómo creer que hubiesen elegido por enemigo al pueblo romano, cuando tan floreciente y afortunado es en la guerra, después de haberle tributado amistad en la desgracia? No debe considerarse como acto de voluntad libre lo que solamente ha sido efecto de la fuerza y la necesidad. Al atravesar su territorio con formidable ejército, los tarquinios, que no les habían pedido paso, arrastraron algunos habitantes de los campos, que por esta razón vinieron á ser cómplices del pillaje de que se acusaba á toda la nación. En cuanto á éstos, si quieren apoderarse de ellos, dispuestos están á entregarlos ó á castigarlos si se exige su castigo. Pero que Cerea, santuario del pueblo romano, asilo de sus sacerdotes, depositaria de los objetos sagrados de Roma, se conserve intacta é inviolada de los ultrajes de la guerra, por haber recibido á las vestales y mantenido el culto de los dioses.» Más impresionado el pue-

blo por los antiguos favores de aquella ciudad que por su falta reciente, prefirió olvidar la injuria á olvidar el beneficio; concediéndose, por tanto, la paz al pueblo cerite, consignándose en un senatus-consulta que duraría la tregua cien años. De igual crimen se habían hecho culpables los faliscos, y se volvió contra ellos todo el furor de la guerra; pero el enemigo no se presentó en ninguna parte. Después de recorrer y devastar su territorio no se quiso sitiarse sus plazas, y regresaron las legiones á Roma. El resto del año se empleó en reparar las murallas y las torres, y también se dedicó un templo á Apolo.

A fines del año, los debates de los patricios y del pueblo interrumpieron los comicios consulares; los tribunos se negaban á la celebración de los comicios si no se hacían las elecciones en conformidad con la ley Licinia, y el dictador se obstinaba en destruir para siempre el consulado en la república antes que compartirlo entre patricios y plebeyos. Como se prolongaron estos debates, expiró el plazo de la dictadura y se volvió al interregno. Los inter-reyes encontraron al pueblo indignado contra los patricios, y se luchó en medio de sediciones hasta el undécimo inter-rey. Reivindicaban los tribunos los privilegios de la ley Licinia: el pueblo se veía cada vez más afligido por el aumento de sus deudas, y el disgusto particular penetraba en los debates públicos. Fatigados por estas querellas, el Senado, por razón de concordia, ordenó al inter-rey L. Cornelio Escipión que observase la ley Licinia en los comicios consulares. A P. Valerio Publicola se dió por colega el plebeyo C. Marcio Rutilo. Dispuestos por este medio los ánimos á la paz, los nuevos cónsules trataron de aliviar la carga de la usura, que parecía el único obstáculo para la unión completa; hicieron del pago de las deudas cuestión de interés público, y crearon cinco magistrados

encargados de la repartición pecuniaria, llamados por esta razón mensarios, y que por su celo y equidad merecieron que sus nombres queden consignados en los monumentos de la historia. Fueron estos magistrados C. Duilio, P. Decio Mus, M. Papirio, Q. Publilio y T. Emilio. Habían de realizar una de esas difíciles operaciones en que frecuentemente quedan descontentas las dos partes, y siempre, imprescindiblemente, una de ellas; pero empleando acomodos, y por medio de adelantos sobre los fondos públicos antes que por sacrificios, consiguieron su objeto. Encontrábanse muchos pagos retrasados y entorpecidos más por negligencia que por estrechez verdadera de los deudores, y se establecieron en el Foro pagadurías repletas de dinero, abonando el Tesoro después de tomar las convenientes seguridades para el Estado; ó bien una estimación á justo precio y una cesión libertaban al deudor. Así, pues, sin injusticia, sin quejas de las partes, se pagaron inmenso número de deudas. Después, ante el rumor de la coalición de doce pueblos de la Etruria, vano temor de guerra hizo nombrar dictador, creándose en el campamento, adonde se remitió el senatus-consulta á los cónsules, á C. Julio, que tomó por jefe de los caballeros á L. Emilio. En el resto del año hubo tranquilidad en el exterior.

Habiendo intentado el dictador en la ciudad que se nombrase cónsules á dos patricios, la tentativa produjo otro interregno. Los dos inter-reyes que se sucedieron, C. Sulpicio y M. Fabio, consiguieron lo que el dictador había intentado sin resultado: suavizado el pueblo por un favor reciente, el alivio de las deudas, consintió que se nombrasen dos cónsules patricios; resultando elegidos el mismo C. Sulpicio Pético, que ocupó primero el interregno, y T. Quincio Penno: á éste le llaman algunos Keson y otros Cayo. Partiendo ambos para la gue-

erra, Quincio contra los faliseos y Sulpicio contra los tarquinios; y no encontrando al enemigo en ninguna parte, menos guerrearón contra los hombres que contra los campos, incendiándolos y saqueándolos. Esta destrucción, como mal devorador que les debilitaba poco á poco, domó la obstinación de los dos pueblos; de modo que pidieron una tregua á los cónsules, y remitiéndoles éstos al Senado, la consiguieron por cuarenta años. Cuando por este medio quedaron libres del cuidado de dos guerras amenazadoras, estando asegurada la tranquilidad por este lado, como después del pago de las deudas muchos caudales habían cambiado de dueño, creyóse necesario rehacer el censo. Indicáronse comicios para la elección de censores, pero C. Marcio Rutilo, que había sido el primer dictador plebeyo y que aspiraba á la censura, habiendo declarado sus pretensiones, quedó perturbada la unión de los dos órdenes. Aunque parecía que no había elegido bien el momento porque los dos cónsules eran patricios y se negaban á aceptar su petición; sin embargo, consiguió su objeto á fuerza de perseverancia, y gracias al apoyo de los tribunos, que se empeñaron tenazmente en reconquistar el derecho que habían perdido en los comicios consulares. Además, aquel hombre tenía bastante importancia personal para no considerarse inferior á las dignidades más altas: él era quien había abierto á los plebeyos el camino de la dictadura, y por él querían llegar á compartir la censura. No se varió en los comicios y Marcio fué nombrado con Manlio Enco. En este año hubo también dictador, M. Fabio, no porque se temiese guerra, sino para estorbár el cumplimiento de la ley Licinia en los comicios consulares. Q. Servilio fué el jefe de los caballeros adjunto al dictador. Sin embargo, á pesar de esta dictadura, los patricios no fueron más poderosos en los comicios consulares que en la elección de censores.

Por el pueblo fué cónsul M. Pópilio Chenas y por los patricios L. Cornelio Escipión. Quiso una fortuna que el cónsul plebeyo fuese quien adquiriese mayor gloria; porque en el momento en que se recibió la noticia de que un inmenso ejército de galos sacaba de acampar en tierras de los latinos, encontrándose Escipión atacado de grave enfermedad, encomendóse por extraordinario el cuidado de la guerra á Pópilio, quien alistó apresuradamente un ejército, mandó á toda la juventud que se reuniese armada fuera de la puerta Capena, cerca del templo de Marte; á los cuestores que sacasen del Tesoro las enseñas y las llevaran al mismo punto, y después de completar cuatro legiones, encargó el resto de los soldados al pretor P. Valerio Publicola, aconsejando al Senado que levantase otro ejército, y preparar por este medio recurso á la república contra los inciertos resultados de la guerra. En cuanto á él, una vez preparado y dispuesto todo, marchó contra el enemigo; pero queriendo conocer sus fuerzas antes de llegar á prueba decisiva, ocupó una altura todo lo cercana posible al campamento de los galos y la rodeó de parapetos. En cuanto aquel pueblo fogoso y ávido de combates vió de lejos las enseñas romanas, desplegó sus fuerzas como para trabar batalla en el acto; y en seguida, al ver que los romanos en vez de bajar á la llanura, se retiraban y fortificaban en la altura, creyéndoles dominados por el terror, y por otra parte, tanto más fáciles de vencer cuanto más ocupados estaban en sus trabajos, les acometió lanzando terrible grito. No interrumpieron los romanos su faena, de la que estaban encargados los triarios (1), y los hastatos y los princi-

(1) En las legiones romanas había tres clases de soldados de á pie; los *hastatos*, los *principes* y los *triarios*. Los *hastatos* se llamaban así por las largas lanzas, *haste*, que llevaban y que más adelante abandonaron como emparazonadas. Este es el único

pes, que vigilaban delante de los obreros protegiéndoles con sus armas, sostuvieron el ataque. Además del valor, tenían la ventaja de la posición; porque en la llanura los dardos generalmente caen de plano y á corta distancia, mientras que lanzados desde alto, herían de punta y se clavaban. Agobiados los galos por aquellas armas que les traspasaba el cuerpo ó se clavaban en sus escudos, haciéndoles más pesados, habían llegado á la carrera casi delante de los romanos, cuando de pronto vacilan y se paran. Habiendo enfriado su ardor este momento de vacilación y aumentado el del enemigo, son rechazados, ruedan unos sobre los otros y el estrago de la derrota es superior al de la matanza, porque resultaron más aplastados por los fugitivos que muertos por la espada.

Pero no tenían aún segura la victoria los romanos: otros obstáculos les esperaban en la llanura. El inmenso número de los galos les hacía insensibles á esta pérdida; así fué que de aquella multitud apareció otro ejército que opuso tropas frescas al enemigo vencedor. El romano contuvo su brío y se paró: fatigados los soldados no podían sostener otro combate, y el cónsul, al marchar denodadamente á la primera fila, había recibido un dardo que le había casi atravesado el hombro izquierdo, alejándose un momento del campo de batalla.

Componían los soldados más jóvenes y formaban la primera línea. Formaban la segunda los príncipes, que eran los hombres en toda la robustez de la edad. Parece que en los tiempos más antiguos formaban la primera línea, tomando de esto su nombre. Los triarios, llamados así porque ocupaban la tercera fila, eran soldados veteranos de valor experimentado. Llamábaseles también *pilani* porque iban armados con el *pilum*, lanza de seis pies de larga, terminada por una punta de acero de diez y ocho pulgadas y de forma triangular. Los hastatos y los príncipes, considerados colectivamente y por oposición á los triarios ó pilanos, se llamaban también antepilanos.

lla. Con estas alternativas iba á escapárseles la victoria, cuando el cónsul, después de vendarse la herida, volvió al frente de las enseñas y exclamó: «¿Qué esperáis ahí, soldados? No tenéis delante un enemigo latino ó sabino del que haríais un aliado después de vencerle. Hemos empuñado la espada contra bestias feroces; es necesario derramar toda su sangre ó darles la nuestra. Les habéis rechazado del campamento, arrojado al fondo del valle y estáis de pie sobre sus cadáveres amontonados. Cubrid la llanura de tantos muertos como habéis cubierto la montaña. No esperéis que huyan si permanecéis parados; que avancen las enseñas y ataquemos al enemigo.» A estas exhortaciones se lanzan de nuevo y hacen retroceder los primeros manipulos de los galos; en seguida forman el triángulo y rompen el centro de la línea. Derrotados los bárbaros, que no tenían disciplina ni jefes, vuelven su impetuosidad contra los suyos; dispersos en la campiña y arrastrados por la fuga más allá de su campamento, ganan la línea más elevada que encuentran, el monte Albano, que domina como una fortaleza una cadena de colinas de igual altura. El cónsul no les persiguió más allá de su campamento, condolido como estaba por su herida, y no queriendo colocar un ejército fatigado por el combate al pie de las alturas que ocupaba el enemigo; y después de conceder al soldado el saqueo del campamento, regresó á Roma con su ejército victorioso y rico con los despojos de los galos. La herida del cónsul retrasó su triunfo, y el mismo motivo obligó al Senado á crear un dictador para celebrar los comicios por falta de los cónsules enfermos. Nombrado dictador L. Furio Camilo, á quien se le unió como jefe de los caballeros P. Cornelio Escipión; devolvió á los patricios la antigua posesión del consulado, y creado cónsul, en memoria de este favor, por el profundo agradecimiento de

los patricios, hizo le diesen por colega á Ap. Claudio Crasso.

Antes de que empezasen á desempeñar su magistratura los nuevos cónsules, Popilio triunfó de los galos con sumo regocijo del pueblo; y la multitud se preguntaba en voz baja «si alguien estaba descontento del cónsul plebeyo, atacando al mismo tiempo al dictador que había obtenido el consulado en recompensa de su desprecio á la ley Licinia, y que por otra parte se deshonraba menos por este atentado público que por la ambición que le había llevado á proclamarse él mismo cónsul. El año fué notable por el número y variedad de acontecimientos. Descendiendo los galos de los montes Albanos, donde no habían podido soportar los rigores del invierno, vagaban por las llanuras y las costas marítimas devastándolas. El mar estaba infestado de flotas griegas que desolaban las playas de Anzio, el territorio laurentino y las bocas del Tiber; de manera que en una ocasión vinieron á las manos los bandidos del mar y los bandidos terrestres. El resultado del combate quedó indeciso, retirándose los galos á su campamento y los griegos á sus naves, sin saber unos ni otros si eran vencidos ó vencedores. Muy pronto tuvo Roma mayor motivo de alarmas, porque los pueblos latinos celebraron consejo en el bosque sagrado de Ferentina, y contestaron en seguida á los romanos, que les pedían suministrasen tropas: «que no debían mandar á aquellos á quienes necesitaban, y que los latinos preferían empuñar las armas por su propia libertad que para aumentar el poder de otro.» Teniendo ya que sostener á la vez dos guerras extranjeras, preocupó al Senado la defección de sus aliados; pero comprendiendo que el temor contendría á los que la fe pactada no había podido contener, ordenó á los cónsules desplegasen en una leva todas las fuerzas de la re-

pública. Roma debía contar con un ejército de sus hijos cuando le faltaban sus aliados. Por todas partes se alistó, no solamente á los jóvenes de la ciudad, sino también á los de los campos, y dícese que formaron diez legiones, cada una de cuatro mil doscientos infantes y trescientos jinetes. No sería cosa fácil levantar hoy un ejército igual al primer rumor de invasión extranjera, ni siquiera reuniendo las fuerzas de este poder romano que el universo entero contiene; tan cierto es que solamente hemos aumentado en lo que nos perjudica, en riqueza y lujo. Entre las demás desgracias de este año debe contarse la pérdida del cónsul Ap. Claudio, que murió en medio de los preparativos de guerra. Entregóse el poder á Camilo, quedando único cónsul. Gracias á su mérito, que no se atrevieron á someter á la autoridad dictatorial, ó tal vez á su nombre, que pareció de feliz augurio en una lucha contra los galos, no creyeron conveniente los patricios sustituirle con un dictador. Este cónsul dejó dos legiones para la custodia de la ciudad, compartió las otras ocho con el pretor L. Pinario, y animado con el recuerdo del valor paterno tomó á su cargo, sin recurrir á la suerte, la guerra contra los galos, encargando al pretor la defensa de la parte marítima y rechazar á los griegos del litoral. En seguida bajó al territorio del Pontino, y como no quería combatir en campo llano mientras no se viese obligado á ello, y como pensaba además que con un enemigo que solamente podía vivir de rapiñas el mejor medio de reducirle era oponerse á sus devastaciones, eligió un punto favorable y se fortificó.

Mientras el ejército estacionaba en aquella posición, adelantóse un galo, notable por su corpulencia y armadura; hirió con la lanza su escudo, y cuando obtuvo silencio provocó por medio de intérprete á un romano á pelear con él. Encontrábase allí M. Valerio, tribuno de

los soldados, joven que no se consideraba menos digno de aquel honor que T. Manlio, y después de pedir permiso al cónsul, adelantóse con sus armas entre los dos campamentos. La intervención de los dioses en aquella lucha hizo perder al hombre parte de su gloria; porque en el momento en que comenzaba el combate el romano, posóse sobre su casco un cuervo, dando frente al enemigo; lo que desde luego consideró gozoso el tribuno como augurio enviado del cielo; en seguida rogó, si así era, al dios ó á la diosa que le enviaba aquel dichoso mensaje que se dignase serle propicio. ¡Cosa maravillosa! No solamente permaneció el ave en el lugar que había elegido, sino que cada vez que comenzaba el combate, levantando vuelo, atacaba con pico y uñas el rostro y los ojos del enemigo, hasta que al fin, asustado con aquel prodigio, turbados á la vez los ojos y el ánimo, cayó el gallo degollado por Valerio, remontando entonces el cuervo su vuelo hacia el Oriente y desapareciendo. Hasta entonces habían permanecido inmóviles los dos ejércitos; pero cuando el tribuno comenzó á despojar el cadáver de su enemigo, los galos no quedaron en sus puestos, y los romanos corrieron más rápidamente aún hacia el vencedor. Entonces se trabó terrible combate en derredor del cadáver del gallo; no eran ya los manipulos avanzados, sino las legiones confundidas de los dos lados las que chocan. Viendo Camilo á sus soldados tan orgullosos por la victoria de su tribuno, regocijado por el auxilio y protección de los dioses, manda marchar al combate, y mostrando al tribuno adornado con los despojos, les dice: «Imitadle, soldados, y en derredor del cadáver de su jefe tended á las hordas de los galos.» No flaquearon ni los dioses ni los hombres en aquel combate, no siendo ni por un momento dudosa la derrota de los galos; tanto había impresionado los ánimos en los dos ejércitos el resultado

de aquel combate singular! La lucha no fué empuñada más que en los primeros puestos, adonde el encuentro había llevado á los otros: todo el resto, antes de llegar al alcance de los dardos, volvió la espalda. Aquella multitud vagó al principio dispersa por territorio de los volscos y por el de Falerno, pasando en seguida á la Apulia y al mar interior. El cónsul reunió el ejército; hizo el elogio del tribuno y le dió diez bueyes y una corona de oro; y después, habiéndole ordenado el Senado que se encargase de la guerra marítima, reunió sus fuerzas con las del pretor. Pero viendo que la cobardía de los griegos, que rehusaban el combate, prolongaría la guerra, por orden del Senado nombró dictador, para la celebración de los comicios, á T. Manlio Torcuato. El dictador nombró jefe de los caballeros á A. Cornelio Cosso, celebró los comicios consulares y proclamó cónsul, aunque ausente, con aplauso del pueblo, á su rival en gloria M. Valerio Corvo (porque así se le llamó en adelante) de veintitrés años de edad. Dióse por colega plebeyo á Corvo á M. Popilio Lenas, que fué cónsul por cuarta vez. Nada memorable hizo Camilo contra los griegos, que combatían tan mal en tierra como los romanos en el mar. Rechazados al fin de todas las costas, y careciendo de agua, como también de otras cosas necesarias, abandonaron la Italia. No podría decir á qué comarca ó á qué pueblo pertenecía aquella flota; pero creo probable que la envasen los tiranos de Sicilia; porque la Grecia ulterior, fatigada en aquella época por guerras intestinas, temía ya al poder de Macedonia. Disueltos los ejércitos, mientras se disfrutaba paz en el exterior y tranquilidad en el interior por la buena armonía entre los dos órdenes, como si esta felicidad fuese excesiva, atacó la peste á Roma y obligó al Senado á mandar á los decenviros que consultasen los libros sibilinos, y por el informe de éstos se celebró un lee-